

I.- Panorama inaugural de la expresión americana: “América, tierra de nostalgia”

La llegada...

Desde el mismo momento en que el conquistador, primero, el colonizador y el misionero, luego, ponen sus pies en aquellas tierras bautizadas casi inmediatamente (1493) con el nombre de *Mundus Novus*¹, se comienzan a exterminar las formas sociales que las sociedades indígenas se habían dado. En dos palabras, con cuatro sílabas, se contenía la metáfora que revolucionaría la concepción del cosmos así como de la historia universal. Desparados a lo largo y ancho de ese *Mundus Novus* existían una gran variedad de pueblos indígenas. Todos de “buenos gestos, bien hechos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio”, anotaba Colón aquel mismo viernes 12 de octubre. Hablaban centenares de lenguas. Lo que el europeo encuentra es una compleja gama de relaciones y culturas. No estaba en el orden del día esforzarse por entenderlas y aprehender su significado o completarlas; en lugar de esto, se les reprime cuando menos y se abre en su nombre --en su exclusivo nombre-- una nueva cuenta cultural. Atrás quedarían los libros de jeroglíficos y pinturas que una larga tradición oral interpretaba². Se inicia así el proceso de transculturización de todo un Continente. “Creo que ligeramente se harían cristianos”, añadía el navegante genovés.

La conquista y colonización del Nuevo Mundo es demasiado compleja para calificarla: ni leyenda negra de monstruos con caballo y espada, ni leyenda blanca de santos con sotana y cruz. Se trata de un violento choque de civilizaciones: una originaria, la otra des-cubierta. Mientras se rompen las formas de sociabilidad y los sistemas de producción creados por el abuelo pre-histórico desde fechas secretas, los españoles deben en cierto sentido indianizarse aunque fuese por mera curiosidad o para hacer más efectiva la conquista. El hecho podría ser descrito así: asimilación del español por el Nuevo Mundo y expansión de Europa hacia él. Tal como deduce Pedro Henríquez Ureña: “enseñaron al indio ideas y costumbres europeas y, a su vez, fueron adaptándose a él”³. Zum Felde añadirá: “tanto América se hispaniza como se americaniza el europeo”⁴. Más adelante, en pleno de desarrollo de la “pedagogía de la evangelización”, a los frailes que querían cristianizar indios para que dejaran de ser tales, les tocó sumergirse en su personalidad para poder entenderles. Comenzaron por aprender los idiomas indígenas, formaron gramáticas y vocabularios, escribieron en lengua nativa. Las costumbres y tradiciones indígenas aparecieron a la vista de Europa, gracias a que los primeros viajeros y cronistas se dirigieron no tanto al Nuevo Mundo sino a las almas

¹ El término surgió de la discusión sobre si las tierras des-cubiertas pertenecían o no al continente asiático, como sostenía Colón. Pedro Mártir en carta dirigida al Cardenal Sforza habló de “*Nova Terrarum*”, “*Nova Orbis*”, “*Orbe Novo*” desde 1493. Colón mismo le habría dicho a los Reyes Católicos: “Vuestras altezas tienen acá otro mundo”. Pero quien primero utiliza en forma consciente el término es Américo Vespucio, en 1503, en su famosa carta “*Mundus Novus*”, dirigida a Lorenzo de Pier Francesco de Medici, al afirmar que estas tierras pertenecían a un continente hasta entonces ignorado. Ver, G. Arciniegas, *Amérigo y el Nuevo Mundo*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, p. 250.; E. O’Gorman, *La Invención de América. El Universalismo de la Cultura de Occidente*, F.C.E., México, 1958, pp. 61 ss.

² Tan nueva fue esta cuenta que también desapareció no sólo la “alta cultura indígena”, sino inclusive la capacidad de leer sus grandes expresiones, tales como los códices mayas y aztecas. Paradójicamente, se encuentran hoy día especialistas tanto en universidades de Europa como de los Estados Unidos (EEUU) cuyo trabajo académico consiste exclusivamente en re-aprender a leer --quien sabe si correctamente-- estas expresiones.

³ *Las corrientes literarias en la América Hispana*, F.C.E., México, 1949, trad. del inglés por J. Díez-Canedo, 1era edición en los EEUU, 1945, pp. 18 y 41.

⁴ *Índice crítico de la literatura Hispanoamericana. Los ensayistas*, Guaranía, México, 1954, p. 23.

de sus pobladores. Al perder el abuelo pre-histórico sus formas de sociabilidad, perdía también la palabra. Pues la vida sin sociedad no asciende hacia la palabra. La colonización volvió al continente a la barbarie del recolector, del pastor, del minero. Incluso, las ciudades indígenas --puntos de encuentro y sociabilidad-- fueron devueltas a la naturaleza, a la montaña, a la selva, que en algunos casos se resolvieron a ocultarlas durante siglos.

Muy pronto le nace al Nuevo Mundo su nombre genérico de transición: América (1507). Hijo del encuentro, este nombre nace como apresado por el orden colonizador, es expansión de la fuerza colonizadora. Su propio origen etimológico responde a las líneas culturales dominantes en la Europa del Renacimiento: expansión, conocimiento, inventario de nuevas tierras y riquezas. Si bien aquellos hombres que llegaron al Nuevo Mundo estaban impulsados por las fuerzas espirituales del Renacimiento, sus cabezas tenían todavía marco medieval. Venían, en su mayoría de España, donde el Renacimiento no abandonó el legado medieval. Además, aunque vinieran de las clases cultas, no eran contemplativos y creadores de belleza, sino hombres de acción. Sus crónicas no tienen la unidad y el arte intelectual de las creaciones propias al Renacimiento. Pero, al mismo tiempo, durante el primer siglo colonial, el hecho nuevo americano obliga a incorporar palabras nuevas. Tan grande es la novedad que ella expande el vocabulario. El mundo descubierto impone nuevos sustantivos. El mundo descubierto desborda sobre la prosa. Dos géneros literarios, de apariencia medieval, son los que, al contacto con el hecho nuevo americano, adquieren fuerza creadora: la crónica y el teatro. América cumple con la nueva urgencia, proporcionando al europeo nuevas palabras. Los cronistas no describían por afán de describir. Inventariaban: inventario de riquezas más futuras que presentes, de apariencias, de usos y costumbres, anotaban impresiones atentas y agudas del escenario natural. “Los exploradores, de regreso, llevaban consigo las palabras”, recuenta Henríquez Ureña (p. 30). Ya en 1493 Colón hablaba de las “canoas” indias, Nebrija anotaba el vocablo. En los escritos de los cronistas y en la primera poesía colonial aparece el ofrecimiento de palabras a Europa por parte de América. Muchas de ellas penetraron idiomas lejanos: *tabaco, papa, maíz, huracán, sabana, canibal, tomate, chicle, coyote, coca, pampa*. América va ganando al recién llegado, Europa se va expandiendo en ella. América era Europa en expansión, pero al mismo tiempo era otra entidad. Aquella ofrece plantas y pájaros, ésta les imprime la huella indeleble a través de los tapices de Rafael; ofrece papagayos (“un pájaro del paraíso”) y son utilizados en las composiciones de Rubens.

Desde sus comienzos, América se expresa ofreciendo, dando. Pero, también se expresa recibiendo: quien se expresa atrae, quien recibe atrae doble. “Todo lo tomaban, y daban de aquello que tenían, de buena voluntad”, añadirá Colón. La necesidad de esa expresión la da América. Es América quien aporta la materia prima --y por siempre la aportará, ese será su papel estelar-- para que se improvisen los cronistas de Indias de entre los soldados, aventureros, funcionarios, viajeros y religiosos. América dicta, los cronistas copian. Luego le tocaría a América copiar lo que Europa le dictaba: arte y palabra de Europa. Desde sus comienzos, surgen, entonces, nuevas necesidades. Una de ellas es la que interesa al tema de estas páginas: la necesidad de expresarse, la formación de la expresión americana; la búsqueda de las formas y los tonos de esa expresión.

Los dos primeros siglos coloniales...

Durante el primer siglo --el gran siglo mestizo, como lo llama Dardo Cúneo⁵-- las colonias españolas recibieron, como ocurriría desde el primer día, lo que España les daba. En materia literaria, apenas participaron los americanos. Una vez publicados el *Quijote* y el *Guzmán de Alfarache*, algunos ejemplares se embarcaron hacia América. Igual ocurrió con las comedias de Lope de Vega y con otras expresiones de la literatura española. Pero en el segundo siglo colonial, en el siglo del Renacimiento de América, se comenzaba a alcanzar rápida estatura en cuanto a las letras, las artes y la arquitectura. Es significativo que la expresión del nuevo mundo, en cuanto a las letras, esté tan limpiamente tallada por dos genios literarios, ambos nacidos en América: el renacentista Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616) y la mística barroca Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695). En otras actividades, en la pintura y en la arquitectura religiosa, la expresión americana es el muestrario de la integración de elementos naturales y psicológicos propios al estilo barroco tal como aparecía en Europa, en las iglesias de Napolés, en las fuentes de Bernini o en el barroco hispánico. Sin embargo, predomina durante ese siglo XVII --siglo represivo, por excelencia-- una cierta expresión misteriosa, signo, tal vez, de una búsqueda por evadir la realidad, desorganizar y apropiarse los materiales dados por el ordenamiento europeo; o, acaso, una protesta sutil contra el Estado colonial, un “exilio interior” (como en el caso de Sor Juana Inés) en señal de resistencia y rechazo a un sistema del que no se quería seguir formando parte. Picón Salas nos alerta sobre la complejidad del “Barroco de Indias” cuando insiste en que su metamorfosis es “debido al aditamento de un medio más primitivo, a la influencia híbrida que en la obra cultural produce el choque de las razas y la acción violenta del trasplante”.⁶

En estos sutiles e íntimos mecanismos de integración, de apropiación, de metamorfosis y trasplante reposa la gran aventura de la expresión americana: organizarse para ser y ser ella misma, dándole universalidad a su participación particular en el nuevo juego cultural, matizando con tonos de imitación y diferencia sus propias credenciales que muestren que ha trabajado por su cuenta los materiales integrados, los asimilados y los propios. Elaborar una civilización mestiza, híbrida, polifónica --de eso se trata-- significa, en el contexto de una historia intelectual, promover y ordenar los materiales que la hacen o harán posible en el curso de la constitución de sus rasgos diferenciales, en la fidelidad a particulares características.

Ya lo hemos dicho: América es Europa en expansión. Añadamos con Briceño Guerrero: es “carne, sangre y palabra de Europa”. Pero, al mismo tiempo también es ella misma; es decir es diferente, es “otra entidad”. Y así una Europa de refinada articulación expresiva la oprima y ahogue por “sobresuministro”⁷, siempre será posible encontrar la huella americana de la labranza de una manera propia, de un estilo asimilado, de una palabra apropiada, que no puede ser la deliberada manera de otra civilización, remedo o acomodamiento, sino trasluz, apropiación y síntesis de ella misma.

El carácter híbrido, mestizo, sería la gran posibilidad americana. En la nueva sociedad producto de la conquista y la población del Nuevo Mundo por las dos naciones Ibéricas, el mestizaje pasa a ser el factor dominante. América se presenta ante el mundo como un continente de mezclas, de contrastes, heterogéneo en su forma, construido por retazos

⁵ “Aventura y letra de América”, *Comentarios*, Buenos Aires, enero-marzo, 1956.

⁶ *De la conquista a la independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, F.C.E., México, 1944, p. 122.

⁷ J.M. Briceño Guerrero, “Europa y América en el pensar mantuano”, 1979, en *El laberinto de los tres minotauros*, Monte Avila Editores, Caracas, 1994, p. 159.

de diferentes materiales tomados de su fondo, algunos antiguos, otros demasiado modernos, bizarros, inacabados, sin rostros, por veces dispuestos según extraños ordenamientos. A pesar de todo esto, no hay que perder de vista, por el contrario, hay que tenerlo siempre presente, que América es creación europea. Pero, no es “mera sombra o imagen o reflejo, porque tiene su propio espesor y espontaneidad” (p. 164). Su condición es ser receptora de todas las corrientes y expresiones del mundo europeo: “su-ser-nueva-y-otra consiste en dejar de ser nueva y otra para ser la misma, la mismísima Europa” (*idem*). Mas, lo que en ésta tiene su orden propio, diferenciado y, acaso, excluyente, en aquélla se confunde con otras corrientes y expresiones que pierden el suyo. Lo que allá pudo ser equilibrio, autonomía, originalidad, “movimientos históricos definidos y formas culturales precisas”, aquí es contradicción. Los estilos europeos expandirán sus fronteras en la fragua mestiza. América desorganiza los materiales de que se apropia, los separa de su antiguo ordenamiento y los articula en su nuevo desorden. Digamos, entonces, que el des-orden es, inicialmente, la fuente de la posibilidad americana; la fusión de elementos implantados sobre sus propias realidades. Al estar sometidas, al ser creadas, inventadas por Europa, éstas importarán nuevo equilibrio, nueva proporción, nuevo estilo.

En el examen de los dos primeros siglos coloniales, Henríquez Ureña y Picón Salas recuentan iniciales experiencias de fusión o des-orden en la arquitectura, la pintura, las letras, la alimentación⁸ y, sobre todo, en el teatro. En esta última forma de expresión, la mezcla de lo indio con lo español produjo un original tipo dramático. El público no era mero público: participaba del espectáculo con danzas y simulacros. Sin embargo, la Iglesia misma muy pronto ahogaría el llamado “teatro misionero”, al depurarlo de su profanidad inicial. Estas evidencias de fusión y des-orden quedan allí evidentemente como posibilidades primeras, como movimientos de cultura inaugurales. Desde el punto de vista de la experiencia inédita, estos constituyeron los momentos, quizás, más intensos de la expresión americana, como lo reconoce sonoramente Rubén Darío en las primeras páginas de sus *Prosas Profanas*:

Si hay una poesía en nuestra América ella está en las cosas viejas: en Palenke y Utatlan, en el indio legendario, y en el Inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman.

En la medida en que se aleja de estos momentos, se remodela la riqueza imaginativa del americano. El conflicto de aquella posibilidad de los comienzos y de su negación queda radicado --y así se expresará-- en la lidia constante y violenta que el español y el indio sostienen en la carne, en el espíritu y en las manos creadoras de su hijo común: el mestizo. En su mundo interior se suceden actos eternos de sometimiento y rebelión, de humillación e inconformismo. El mestizo resulta protagonista de superposición más que de fusión. El mestizo lleva en su tradición varios conocimientos, heterogeneos discursos, diversos mundos. Es el suyo un horizonte mayor pero no por ésto mejor aprovechado. Continente de mestizos, creado a partir del-otro, muestra, entonces, la timidez del pueblo joven, la dualidad de la materia que le forma, la polifonía de sus expresiones, el poco espesor de su barro cultural formador, lo que le impide percibir su “ser-nuevo-y-otro”.

⁸ Para un análisis de los cambios producidos en los regímenes alimentarios tanto de los americanos como de los europeos que fueron llegando al Nuevo Mundo, ver Rafael Cartay, *Historia de la Alimentación del Nuevo Mundo*, Fundación Polar, Caracas, 1992.

¿Hasta qué punto y en qué sentido es o puede ser original? Si como señala Briceño Guerrero, “lo activo, lo formador, lo fecundo, lo determinante, lo directivo, lo dominante, lo fuerte de América es lo europeo; lo demás es materia” (p. 163), ¿explicaría esta cadena de afirmaciones el constante ejercicio de la imitación por parte del hombre americano, ese permanente rendirse a lo que no le pertenece? O, puesto en un sentido más general, ¿hasta qué punto la influencia de Europa (la simbiosis con ella) es perniciosa o favorable para América? ¿Serán nuestras insuficiencias punto de partida, lenta crisis inaugural, o el eco consumido de una lejana crisis sin recuperación? ¿Es la americana hora inicial, o se trata más bien de un crepúsculo de nunca acabar, pero de jamás renacer?

Para explorar el sentido de tales cuestiones, recurramos de nuevo a la expresión poética. Pongamos sobre el papel otras palabras de Rubén Darío quien no sólo personificó uno de los momentos de apertura más interesantes de la cultura americana e hispánica en general, sino a quien también le cupo crear un arte original usando la lengua española y el espíritu americano, bebiendo lo que le convenía de fuentes cosmopolitas y universales pero sin apartarse de la experiencia americana:

Qui pourrais-je imiter pour être original? Me decía yo. Pues a todos. A cada cual le aprendí lo que me agradaba, lo que cuadraba a mi sed de novedad y a mi delirio de arte; los elementos se constituirían después un medio de manifestación individual. Y el caso es que resultó original [...] Sé tú mismo: esa es la regla [...] Se conocen, eso sí, los instrumentos diversos y uno hace su melodía cantando su propia lengua, iniciado en el misterio de la música ideal y rítmica.⁹

He aquí en prosa la sustancia de cuanto proclamó el gran nicaragüense en poesía; pero he aquí también planteadas las claves de las interrogantes anteriores. Acaso Darío había encontrado algún apoyo para la soñada solución de originalidad americana en la dialéctica entre cosmopolitanismo y americanismo. Cuando por fin él al igual que los hombres de su tiempo quisieron estar a tono con el mundo, emancipándose del espíritu colonial, decidieron tomar de ese mundo lo que les convenía (“A cada cual le aprendí lo que me agradaba...”) para expandir la común riqueza de su común cultura y humanidad. Aplicando la regla: “Sé tú mismo”, el resultado no podía sino ser percibido como “original”. El utilizar instrumentos europeos (la lengua) con espíritu americano parecía contener la clave para crear un arte “que resultó original”. La misma relación también es percibida por José Martí quien la dejó plasmada con palabras de indiscutible significación: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser de nuestras repúblicas”. Pero dejemos las cosas hasta aquí pues sobre esto volveremos reiteradamente.

Al despuntar el siglo XIX le tocará al “criollo”¹⁰ hacer historia a cara descubierta, viviendo en campamentos, afrontando soledades, inaugurando una nueva etapa,

⁹ R. Darío, “Los colores del estandarte”, *La Nación*, Buenos Aires, 27 noviembre 1896, en *Obras Completas*, tomo IV/ “Cuentos y novelas”, Afrodísio Aguado, S.A., Madrid, 1959, pp. 876 y 880.

¹⁰ En lengua castellana la palabra “criollo” contiene toda una gama de connotaciones de carácter cultural y político. Desde su temprano uso (México, 1571-1574), los españoles introdujeron el vocablo en su lenguaje para diferenciar a quienes nacían y venían de España de sus hijos nacidos en América. Al correr de los siglos XVII y XVIII, estos vástagos ya convertidos en élites americanas llegaron al convencimiento de que no eran simples europeos nacidos del otro lado del Atlántico, sino hombres nuevos, con nuevas maneras de mirar las cosas y aspiraciones. El término comenzaba a expresar no sólo una realidad geográfico-cultural sino también una nueva conciencia política y social. Acá le damos el uso político

conduciendo a América hacia lo que se creía era su independencia: su encuentro consigo misma. Ya no habría más la excusa de la sumisión y dominio colonial. Llegaba el momento de retomar la clave de toda una cultura, de afinar las notas de la modernidad. Cada americano de conciencia plena haría suya la edad de América; a algunos les tocaría ser padres de Patrias, al mismo tiempo que padres de sus esfuerzos y de sus obras; a otros les tocaría mostrar la raíz y el rostro del Continente. O, como advirtió Vasconcelos, “extraer nuevos dones de la entraña de la vida, prolongar el esfuerzo en el vacío de lo intacto”¹¹. Pasemos a considerar los términos de la ruptura con el orden colonial, como una forma de expresión (política) moderna del americanismo.

acostumbrado derivado del proceso histórico americano del primer tercio del siglo XIX. Es decir, aquellos españoles-americanos independentistas; aquellos hombres de América cuyo origen geográfico y cultural fue fuerte ingrediente de su actuación política. Por supuesto, en el concierto de independentistas se encontrarían también muchos pardos e indios, pocos mulatos, poquísimos negros, así como uno que otro español liberal. De otra parte, también es cierto --digámoslo de una vez-- que no todos los criollos fueron independentistas. No obstante, usamos el término para nombrar a la élite precursora y gestora de la independencia americana de España. Para un interesante estudio sobre los orígenes y evolución del vocablo, ver J.J. Arrom, “Criollo: Definición y matices de un concepto”, *Hispania*, vol. XXXIV, No 2, Baltimore, mayo de 1951, pp. 171-176.

¹¹ Cit. en D. Cúneo, p. 217.